

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 70

Sevilla—Viernes 27 de Marzo de 1903

AÑO XXVII

LA ASAMBLEA

Grandioso, severo, imponente ha sido el acto realizado, que ha dado como constituido el partido republicano español.

Todas las provincias de España estaban en él representadas. Sumadas estaban en el hermoso teatro Lírico todas las fuerzas vivas del país, y en conjunto admirable el capital y el trabajo, la fuerza física y la inteligencia.

Es la España nueva que despierta, y la democracia capacitada para el Gobierno lo que tiene de grande el admirable suceso que integra todos los anhelos, todas las aspiraciones de un pueblo que aspira a redimirse y a ejercer efectivamente su soberanía.

Una Memoria muy bien escrita de la comisión organizadora. Una proposición de cuatro renglones constituyendo el partido republicano y proclamando la dirección de Salmerón, y un discurso del expresidente de la República española, enérgico, vigoroso, intencionado, acogido con verdaderos entusiasmos por toda la asamblea que llenaba el teatro. No hacemos su elogio, porque no desmerezca la oración.

Hubo una nota de saludo efusivo a la Francia republicana y acentos de confraternidad para los pueblos americanos de nuestra raza y para borrar el dualismo peninsular, que lo sostienen dos monarquías.

Ahora a trabajar, poniendo inteligencia, esfuerzo corporal y dinero al servicio de la acción, que reiteradamente recomendó el elegido de todos.

Si todos nos consagramos a esta labor, venceremos para reintegrar el derecho escarnecido por la monarquía.

Y nada más, porque actos como este no se comentan, se admiran, y se trabaja porque den los ansiados frutos.

La prensa monárquica reflejará su importancia y alcance y la majestuosa seriedad con que ha terminado.

AURELIANO ALBERT.

Madrid, 25 Marzo.

Nota del día

¡La fe, la sacrosanta fe en la religión de nuestros padres!

¡Oh, qué gran cosa!

Ayer me convencí.

Llegó al despacho de nuestro establecimiento tipográfico un señor que decía querer encontrar un editor para imprimir una obra religiosa, eminentemente religiosa.

Al oírle, dije para mí:

—¡A buena parte vienes!

Como hubiera de manifestarle que le sería algo difícil encontrar en Sevilla una casa editorial, díjome:

—He llegado hasta aquí, porque me habían dicho que quizás le convendría aceptar mi propuesta.

Sonreíme ingenuamente, entreviendo ya, por detrás de aquel buen señor inocente y tranquilo, un sevillano guasón, de esos que lo son todo y son nada, quien, gozándose en el ridículo que pudiera haber hecho aquel buen hombre, nos lo había echado hacia acá.

Al verme sonreír... lo comprendió todo, y, sonriéndose él también, me dijo:

—Vamos; he errado el tiro. Aquí es, quizá, todo lo contrario.

Permanecí en esa actitud indiferente que adopta uno cuando una persona desconocida, sin méritos para ello, trata de sondearlo para saber lo que piensa.

—Señor—le dije—esta no es casa editorial; pero, aun siéndolo, no sería la más a propósito para entenderse con usted.

La sinceridad con que le hablé hizo que el buen hombre se echara a reír, y, después de algunas consideraciones que no son del caso, díjome con una solemnidad candorosa:

—Porque... desengáñese usted: este país es un país eminentemente levítico.

Y a seguida:

—Yo no soy lo que usted pueda creer. También tengo mis ideas... No me asustó... Algún día puede que usted sepa... y nos encontraremos juntos.

Y con esa incoherencia y vaguedad con que habla todo aquel que no tiene opinión formada, ni creencia firme, ni voluntad segura, se despidió, echándose encima un chaparrón de palabras sin hilación ni continuidad.

Iba a encogerme de hombros, como hace aquel que se quita de encima una impertinencia, pero... no lo hice.

Acudí a la memoria en seguida lo de —¡Esta es una ciudad eminentemente levítica!— con que me había aconsejado el buen señor.

Y entonces me convencí de lo estulta que es esta sociedad que se deja bautizar, aconsejar y enseñar, por estos preceptores que ni creen en Dios ni en el Diablo, pero que tienden la red de su explotación tan bien tendida que, a pesar de rompérselas a cada paso, insisten con tesón, queriendo engañar a la humanidad y engañándose a sí propios.

Toda la fe, todo el respeto hacia la religión de nuestros mayores, está basada en eso:

En el *tú que me acechas*, en el *yó que me aguanto* y en el *qué se me da a mí* en general.

Y en tanto... los religiosos haciendo la pelotita, como el escarabajo: con lo que se puede y donde se puede.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Estamos incomunicados con la Corte telegráficamente.

Para nosotros los sevillanos no es una novedad.

Ya sabemos de antiguo que el día que llueve no podemos contar con las conquistas de la civilización.

El hilo telegráfico que nos pone en comunicación con Madrid está hecho *en seco*. Quiero decir, que es inservible en cuanto se siente una poca de humedad.

Motivo es este para que nos diéramos a pensar cosas malas ó terribles, aprovechándonos de la crisis del cuarto de hora con que nos ha obsequiado el Sr. Silvela.

Peró como, para nosotros, el encontrarnos incomunicados con Madrid no constituye novedad, sino que es una cosa ordinaria, que ya casi se ha constituido en rutina, lo soportamos con la misma paciencia que soportamos al Gobierno que nos quiere mandar, y al Ayuntamiento que nos eligen los barrenderos y los empleados peseteros que presiden las mesas en día de elección.

Damos, por consiguiente, por bien hecho eso de la incomunicación, siquiera sea porque ha llovido y nuestros campos andaluces están rebosando salud por todos sus poros.

No hubo necesidad de que la Iglesia, obedeciendo las órdenes de D. Virtuoso, entonara sus rogativas *ad petendam pluviam*, por dos razones:

Es la primera, porque la Iglesia se ríe ya de eso.

Y es la segunda, porque los ministros de la Iglesia no entonan ninguna canción si no es *ad petendam pecuniam* ó *ad petendam sueldum*.

Tampoco, que sepamos, ha habido necesidad de que los curas de Lora del Río sacaran en procesión a su Señora de Setefilla.

Ha llovido sin necesidad de interponer esas influencias milagreras que nos ponen al nivel de los animales de cuatro patas, vulgo asnos.

Todas las provincias tienen un señor Gobernador, empleado del Gobierno, el que tiene la atención de ponerse a nuestras órdenes con más ó menor fervor. Solo Sevilla no tiene, sin saber por qué razón, ni Gobierno que la atienda, ni señor Gobernador.

El Sr. D. Luis Montoto, eximio literato sevillano, ha puesto a la venta un nuevo libro titulado *El duro del vecino*.

Dicha producción es una novela esencialmente literaria, escrita con una corrección admirable, y llena de un sabor a hogar que deleita por la sencillez.

El tuflido doméstico se percibe desde las primeras páginas.

Este escritor sevillano, maestro en el decir y en el hacer, es una especie de Tántalo... De clarividencia singularísima, conociéndolo todo y sintiéndolo todo, ve el agua de las modernas ideas al alcance de su finísimo ingenio y hace intención de beber... pero se acuerda de que es notario eclesiástico—aunque se olvida de ello muchas veces y moja la pluma en vinagrillo, rebelándose inconscientemente—y tuerce en su camino y echa por el camino real.

Es una verdadera lástima para las letras sevillanas que uno de sus ingenios más preclaros, uno de sus literatos más puros, sin mezcla de algodón, se vea precisado a dejar correr su pluma artificialmente, sin poner en ella algo de su alma, mucho de sus pasiones y un poco del gran caudal de experiencia que posee.

Yo leo las obras de Luis Montoto como si bebiera un vaso de lamedor, ó un refresco agradable... y no es eso lo que un hombre como él debiera de hacer.

¿Nada pasa en la sociedad, en el mundo, para este ilustre ingenio sevillano?

¿No se conmueve ante los graves problemas sociales, y se declara incapaz de terciar en las horribles luchas que nos agitan?...

No es así: no debe de ser así. ¡Un cerebro privilegiado exprimiéndose en hacer tomiza literaria, pintando un hecho vulgar acaecido a una familia conocida en una conocida ciudad!

¡Válgame Dios y su señor arzobispo, D. Luis!

No le invito a que rompa las cadenas que le sujetan, porque ya sé que su carácter es pacífico, su idiosincrasia con tintes legendarios, y su ánimo parapoquito... ¡pero hay más dentro de ese cerebro!

Cualquiera poesía de aquellas que emborronaba en la mesa del café, con cuatro versos nada más, llenas de filosofía naturalista—la de la adulación por ejemplo, y que ahora no me acuerdo de ella—vale más que su *duro del vecino*; porque aquella ha dado que pensar y ha hecho pensar; y *El duro del vecino* es una novelita para leerla, alrededor de la camilla, en las noches invernales, entre viejas quintañonas.

Yo tengo la perseverancia de creer que dentro de esa constitución enfermiza del viejo poeta sevillano hay algo hondo... que no debería llevarse al otro mundo, sino dejarlo aquí.

Aunque confiese y comulgue. Eso, ¿qué le hace?

Días pasados, *El Liberal* de Sevilla, en su artículo editorial, se quejaba amargamente de la explotación que se ven precisados a sufrir los forasteros que vienen a visitar los monumentos de Sevilla.

Y decía:

“La jurisdicción de cada uno de los que componen esta turbionada de cicerones no llega más que hasta determinado punto, y pasado éste, tiene que encargarse otro acompañante del viajero. De la capilla de tal imagen al altar de tal santo, ó desde el patio X al salón Y, tiene que cambiar de conductor, porque la llave, ó el cuidado, ó la dirección del punto que van a visitar, está encomendado a otro de la turbionada.

En estos tránsitos de Herodes a Pilato va dejando el visitante su dinero y su paciencia, hasta que acaba llevándose las manos a la cabeza, harto de llevarse las al bolsillo.”

Crea el colega que eso no es un vicio sevillano, sino un vicio consuetudinario eminentemente español.

¿Sucede, acaso, solamente en Sevilla? Se conoce que el escritor del artículo en que me ocupo ha viajado poco por España.

Recuerdo perfectamente que en una visita que hice al Escorial, ansioso de contemplar el monumento sombrío que

tanta fama le diera a Felipe segundo, como hubiera de tomar cicerone, éste, al oírme hablar en andaluz, me dijo:

—Ya se conoce que usted quiere ver el Escorial.

—¿Por qué lo dices?

—Verá usted: Vienen aquí ingleses y franceses con la *Guía* en la mano, y, ateniéndose a ella, creen no necesitar a nadie con solo obtener el permiso para visitar el monasterio. Como el permiso se da gratis, ellos, con el permiso en la mano, entran en la iglesia, y allí se pasan el tiempo dando vueltas y con todas las puertas cerradas... Y los más se van como vienen. Lo más natural sería que ellos se valieran de nosotros, pero; temiendo que los explotemos, ni nos llaman, ni logran ver nada. En cambio, llega un andaluz como usted—ya he servido a muchos—y lo primero que hace es llamar a uno de nosotros.

—Porque yo vengo a ver el Escorial—le dije significativamente.

—Y yo le aseguro a usted que lo verá hasta el último rincón.

Las pesetas que me costó no me acuerdo... Lo que sí puedo asegurar que los departamentos se multiplicaban de una manera asombrosa, y que lo único que no vi fué... el departamento en que estaban los frailes, a pesar de llevar una recomendación terminante, expresa y cariñosa, para un venerable varón de los allí recluidos, quien tenía grandes deseos de conocerme, no sé si por impío ó por mala persona.

Ni la presenté, ni quise saludar a aquellos santos con hábitos... Unicamente me valí de ella para obtener del padre bibliotecario algunos datos precisos que me hicieran avalorar la riqueza que hay allí encerrada.

Quiero probar con todo esto que en todas partes cuecen habas, y no es en Sevilla donde más se cuecen.

¡Quí! ¡Si aquí se compra a un hombre con un cigarro de papel!

En *El Evangelio*, de Novelda, con letra muy gorda, se lee lo siguiente:

“En el colegio que los Padres Agustinos tienen establecido en esta ciudad, han sido asquerosa y brutalmente atropellados varios niños de diez a trece años de edad por uno de los religiosos, conocido entre sus alumnos por el padre Pedro.”

Propongo: Que los señores Silvela y Maura, protectores entusiastas de todos estos padres Pedro, sean encerrados con el padre Pedro en cuestión.

A ver si, después de estar siquiera un mes viviendo y durmiendo con el padre Pedro, siguen siendo protectores de los padres Pedro.

Para poder decirles luego: —¡Tomad padres Pedro!

CARRASQUILLA.

CRÓNICA SOCIAL

Un automóvil no es más ni menos peli-groso que el organismo político. Montáis en él, abris el motor, os entregáis buenamente a su marcha, y, de fijo, os estrella contra una esquina, os derrumba por un terraplén ó os descuartiza en las rocas de un desmonte. Pero no os entregáis; lo sometéis a vuestro gobierno, reguláis el motor, adaptáis con ojo despierto y mano firme el timón a las curvas, a los apartaderos, a los riscos, y si sabéis el camino, llegaréis a donde vais.

El organismo político es un artefacto, un vehículo que la sociedad, para sus fines, ha elaborado. Si invirtiendo las relaciones naturales, ésta le entrega su destino, fatalmente caerán los dos en el precipicio. Y es obvio: la vida tiene sus curvas, y sus recodos, y sus declives...

Abrid la historia: página en que un organismo político asuma y dirija el movimiento social de su pueblo, a la vuelta veréis la sangre; buscad una sociedad de recio puño aferrado al timón, y mirada fija, seguida, seguida, y la veréis llegar a su meta.

Huelgas generales que menudean co-

mo granizos. Barcelona, Reus, Cádiz, Coruña, Vigo...

A primera vista choca que se multipliquen y ofrezcan tan raras complicaciones contra su lógica y sencillísima técnica. Los obreros dejan el trabajo; el patrono busca nuevos obreros que los sustituyan. Los primeros se oponen á que éstos ocupen sus puestos: hé aquí el conflicto. Allá huelguistas coartando la libertad del patrono á ajustar obreros donde encuentre, y la de los otros obreros á trabajar donde salga trabajo; acá autoridades tratando de imponer el respeto á las leyes. Parece llano que estos conflictos se han de resolver contra los huelguistas, puesto que las libertades de contratación y de trabajos son ya consubstanciales con nuestra civilización.

Pues no; las más de las veces terminan en su favor—favor mínimo é ilusorio en ciertos casos, pero favor.—¿Qué feliz elocuencia no desplegarán los gobernadores para mover los patronos á ceder! No ya al corazón, á algo más hondo y más sensible han de tocarles; y en punto á industriales, no se concibe, y así debe ser, visceras más honda ni sensible que el bolsillo.

¿Pero un gobernador?...—¡A no ser que medien leyes mancomunadamente incumplidas!...—Ello es que trabajo de mujeres y niños, accidentes, salubridad, emplazamientos, ocultaciones, ofrecen un margen amplísimo de usufructo común, y, francamente, no hay otro terreno apto para el regateo entre autoridades y patronos.

Claro: los patronos ceden, no á la fuerza de la masa obrera, á la presión de arriba, desde donde la necesidad de orden público y la voluntad, plausible, de no obtenerlo con los sables, disponen de las pesetas burguesas, en méritos de expresas ó tácitas complicidades.

Los obreros lo han visto—en las asociaciones hay gentes listas—y no han podido menos de proclamar eminentemente práctica la huelga. Práctica por tabla: los huelguistas amagan al gobierno con la alteración de orden público, y el gobierno para el golpe tirándoles unos céntimos del bolsillo de sus sirvientes los patronos favorecidos.

Esa granizada, chocante á primera vista, Barcelona, Reus, Cádiz, Coruña, Vigo, con éxito vario porque la sensibilidad capitalista no es igual en todas partes; en resumen, el espíritu, el movimiento, el sentido huelguista, son resultado legítimo de la acción gobernante.

Por infantil que se crea al pueblo, el golpear continuo de las intuiciones, alimento precisamente de espíritus tiernos, resuena por fin en el fondo de su vida afectiva.

Varias generaciones de gobernantes escamoteándole todo lo que vale, los intereses como las ideas, le han despabilado, y si conchabándose para explotarle le han lanzado á conchabarse para explotar, mintiéndole, en lo político, principios y consecuencia, le han sugerido la mentira de la opinión y de la disciplina.

Resultado en este orden: mientras los gobernantes, absortos en su habilidosa ficción, no han reparado cómo los viejos programas, atarazados del tiempo, dejaban por sus desgarrones columbrar la trampa, el pueblo, perdida la fe en las ideas, escarmentado por largas acumuladas experiencias, desobligado del partido, disperso y tocado del alto ejemplo, ha caído en la reacción de los bajos instintos, donde los individuos, átomos sueltos de enorme masa neutra, han tendido á posarse, por ley de afinidad, en núcleos engendrados por atracción de sórdido egoísmo.

Ayer, grandes partidos en torno á nobles banderas; hoy, pandillas miserables bajo motes viles.

Sin limitarse á un partido, esta disolución es resultado directo de las funciones de gobierno.

Obsérvese un fenómeno más grave, también producto del organismo político: el secesionismo—así le llaman.

No es el regionalismo, ni el catalanismo. Es un verdadero movimiento social. Es el despegue, la repulsión, la renegación de la propia nacionalidad. Palpita así en el sombrío anarquismo del bracero andaluz, como en el dejo amargo del sentimiento catalán; y en Castilla, Galicia,

Vascongadas, es hábito que emponzoña las almas.

Gobiernos que asumen, vinculan, monopolizan férreamente la personalidad nacional, y que como en funciones indeclinables de su naturaleza, con arte y con lodo, prostituyen la ley, ahogan la libertad, niegan el derecho, estorban el trabajo, desairan ideales y arman intolerancias, producen eso: el despegue, la repulsión, la renegación de la nacionalidad.

Con una agravante: gobiernos tan irracionalmente situados que han de aparentarlo todo, en especial la entereza cuyos acentos llevan al avisado particularismo ecos de ansiado armisticio, de suspirado concierto, levantan codicias, exigencias, ansias de botín feroces, rabias....

La propulsión secesionista encuentra materia predispuesta en general por la ignorancia, el fanatismo, la pereza y la imitación; en particular, aquí por recuerdos históricos más ó menos exactos ó estímulos políticos mañosamente avivados, allá por intereses materiales, en otras partes por aprecio exaltado de la propia valía ó pretendidos méritos de raza; no faltan tampoco vecindades solícitas y honradas que enamoran, ni vecindades porfiadas y pudientes que rinden....

Pues bien; las contadas manifestaciones de vida perceptibles presentan la sociedad aletargada á merced del vehículo político; contadas manifestaciones de vida que son repetidos avisos de muerte, pues inferimos la marcha de que disparado el automóvil nos lleva de testarazo en testarazo.

¿A cuánto estaremos del último?

CARLOS DE TORRES.

Cosas de los consumidores

En esta Delegación de Hacienda se ha presentado por un particular una denuncia contra la Empresa arrendataria del impuesto de consumos de esta capital, poniendo de manifiesto, una vez más, los abusos, atropellos y exacciones ilegales que dicha Empresa realiza diariamente á ciencia y paciencia de las autoridades llamadas á hacer cumplir las leyes.

Trátase de que por el fielato de la Estación de Cádiz se obligaba á tributar á un viajero que llegaba á Sevilla con unas tres ó cuatro docenas de ostras.

El viajero en cuestión, conocedor de la ley y celoso de sus derechos, se negó á satisfacer lo que le exigían, fundándose para ello en que los mariscos están exentos de pago del impuesto de consumos por no figurar ni en las tarifas 1.^a y 2.^a (generales del Estado) ni en la tarifa 3.^a.

Preguntado el fiel por el epígrafe que aplicaba para exigir el pago, dijo que por el de *«pescados»*. ¡Pescados los moluscos! ¿Donde estudiarán historia natural los del pincho? Seguramente que en las universidades de Sierra Morena.

El viajero manifestó al fiel que no tenía inconveniente en abonar lo que se le exigía siempre que en la papeleta de adeudo se hiciera constar que la especie introducida eran mariscos.

Naturalmente el empleado del resguardo se negó á acceder á las pretensiones del viajero, conociendo que, de poner en la papeleta la palabra *«marisco»*, facilitaba una prueba de que por la Empresa se realizan exacciones ilegales, penadas en el Código, y se aferró en que había de poner *«pescados»*.

El interesado acudió á la autoridad gubernativa y ésta dispuso que un inspector de vigilancia acompañase al viajero al fielato para hacer entender al fiel lo razonable y justa que era la pretensión del dueño de las ostras. ¡Que si quieres!

El fiel no se dió á partido y dijo que no reconocía más ley ni más autoridad que la de su jefe el arrendatario del impuesto, y que éste le había ordenado que exigiese tributación por consumo á los *«mariscos»*, poniendo en la papeleta de adeudo *«pescados»*.

Entonces el viajero, después de formular la correspondiente protesta, dejó las ostras en el fielato y presentó la correspondiente denuncia en las dependencias de Hacienda.

Asunto es este que merece fijar la atención de las autoridades, pues vendrá á evidenciar las exacciones ilegales que diariamente realiza la Empresa de consumos cobrando arbitrios por especies no tarifadas, con lo que causa grave daño á muchos infelices que con mariscos, cangrejos, almejas, cañaillas, etc., etc., se buscan un pedazo de pan.

Veremos qué resuelven acerca del particular las autoridades administrativas á quienes se ha sometido el caso, y ya tendremos al corriente á nuestros lectores del fallo que recaiga.

¿Dicen ustedes que se saldrá con la suya la Empresa?

No tanto, pues la cosa sería ya demasiado fuerte.

¿Qué funcionario del Estado es capaz de decir que los moluscos son pescados?

Convenido en que son muy brutos y muy frescos, pero no tanto..

En los detalles

El café, uno de los mejores cafés de la corte, humea. Hay un odio general al aire libre, y una puerta ligeramente entornada ó un montante entreabierto, levantan protestas y producen intranquilidad. Se prefiere la atmósfera envenenadora de humo y polvo; la bofetada maloliente de la respiración ajena. El café es un local irregular, lleno de ángulos, obscuro, pequeño para contener tanta gente. Casi todos los cafés madrileños son iguales; se encuentra gran dificultad para sentarse en ellos. Las mesas están arrendadas para montones de amigos que fuman y fuman seis horas al día entre la tarde y la noche. Pocos leen; las conversaciones rebuscan el chiste ó cuando más se reducen á cuestiones mujeriegos, á cosas de toros ó á temas insignificantes. La política, cuando surge, no apasiona ni conmueve; al contrario, sirven de bronca los asuntos más serios de la gobernación y un imbécil exceptismo sale á las bocas de corazón en corazón.

Cerca de mí, uno que hojea un periódico, hace sonar entre sus amigos el nombre de Costa; quiere leer unos párrafos del gran revolucionario, acaso del único genio innovador de la raza, y los contertulios de la mesa le interrumpen con desprecio llamando *«latoso al maestro»*.

—¡Si ese es como todos!...

—¡Aquí todos nos arreglan y cada vez estamos peor!...

—¿Pero de cuándo acá figura ese señor?

Se acabó la conversación aquella entre burlas y chistes.

Los veinticinco años de cada hombre de aquellos rompieron su fuerza en la incredulidad más triste.

Después, amontonándose y amontonándose más gente, se sentó en mi mesa un señor que no pidió permiso ni demostró el menor gesto de cortesía. Pidió toda clase de cosas que extralimitaran lo que le correspondía por cuarenta céntimos, abusando naturalmente, y se fué sin saludar de nuevo.

Afuera, enfrente del café, está detenido un tranvía y hay un montón de gente que ciega la calle por completo. Uno de mis amigos, que entra exaltado, dice que un caballero de excelente porte, de esos que por su traje acusan una clase social educada y respetuosa con las leyes, ha reñido con el conductor porque éste, cumpliendo con su deber, no le ha dejado subir por la delantera; el señor no quería dejarse imponer por la ley y ha amenazado con su bastón y con su influencia.

Surge después la protesta de los estudiantes contra el ministro. La enseñanza es un caos horrible. Del ministerio de Instrucción salen los decretos más demolidores; se hace en aquellas oficinas el proceso diario del crimen de la nacionalidad. Los presupuestos de educación avergonzarían á los moros. No promover una revuelta para incendiar el ministerio y para pedir á los poderes, por la fuerza, un presupuesto de quinientos millones, arrancados al militarismo, al clero, á las clases ricas, es un abrumador delito que nos hace tan canallas como los gobernantes.

El amigo cuenta que ha estado en la reunión de estudiantes y catedráticos.

Uno de estos, que es el gran cacique de la Escuela, llama sabio al desconocido ministro de Instrucción. Después se levanta á hablar otro profesor que invita á los muchachos á que entren en clase porque no se debe perder un día en el cumplimiento de los deberes; pero el catedrático que habla tan emocionado con el deber no asiste á clase veinte veces al año....

Nuestra mesa se va llenando.... El amigo que llega últimamente viene con poca gana de hablar; le preguntamos por las oposiciones y salen de su boca, entonces, rabietas y maldiciones y desesperanzas.

No es revolucionario, está en un medio, allá en su capital de provincia, que no le deja pensar en una nueva patria.

Pero ahora que sufre tan seriamente dolor de la injusticia, maldice y reniega. Hace cinco meses que sacrificando á la familia, soporta las interminables y ridículas oposiciones á una cátedra para perderla por falta de amoldamiento á los libros de los examinadores, por falta de influencia y por espíritu de reforma en los programas. Y unos ejercicios que pudieran haberse acabado en treinta días, trabajando el tribunal menos de lo justo, han durado cerca de cinco meses....

El otro señor que llega con él, también licenciado, sonríe detestando la carrera. ¿Para qué ese ese martirio? ¿Qué se gana, después de todo? El se ha ido mansamente á las oposiciones de Hacienda donde, para dos mil pesetas y muy pocas plazas, han acudido miles de muchachos con toda clase de carreras.

Un comerciante que viene á nuestro lado acaba de ver al jefe de reclamaciones del ferrocarril del Norte. Hay miles de expedientes sin resolver; pero le acaban de recomendar uno de un personaje que después de declarar falsamente el contenido de una expedición, tiene que resolverse el expediente á su favor....

Llamamos la atención con nuestras discusiones, con nuestras protestas, con nuestros entusiasmos en favor de otra organización, y marchamos. El café humea, ahoga, huele mal.... Un gesto de asco arruga nuestras facciones, y buscamos por las cañes aire mejor y horizonte más risueño....

Pasan mujeres y mujeres, y corrios de hombres desocupados por las estrechas aceras, chulos, señoritos, mozos y viejos, florecen ó dicen porquerías á todas las hermosuras mariposeantes....

R. SANCHEZ DIAZ.

TEATROS

CERVANTES

Repuesto de su enfermedad, anoche volvió á actuar el reputado barítono D. Leopoldo Suárez.

Lo celebramos.

Los Albano presentaron también algunas novedades, entre ellas un trajo musical de gran mérito, ejecutado con violines.

Por tal causa los acróbatas escucharon ruidosas ovaciones merecidas muy en justicia.

Como día de moda, el teatro vióse concurridísimo.

DUQUE

Con regulares entradas se celebraron anoche en este teatro las funciones anunciadas, escuchando ellas muchos aplausos sus intérpretes con especial mención en *«Carceleras»*, que fué puesta en escena á segunda hora.

Noticias locales

El temporal que ha reinado en nuestra población durante los dos últimos días alcanzó ayer su máximo de intensidad, acompañando á los fuertes aguaceros un viento huracanado del S. E., que en algunos momentos adquirió tal fuerza, que amenazaba con derrumbar cuanto encontraba á su paso.

A las 15 varió la dirección de aquél, señalando la veleta al NO. y amainó el temporal de aire, pero continuó la lluvia á intervalos.

Los daños causados por el viento deben ser muchos, y de ellos se irán recibiendo noticias.

En la capital ha causado desperfectos en algunas focas y originado varios accidentes.

Nosotros hemos tenido noticia de los que siguen:

De la iglesia Regina Angelorum se desprendió parte de la cornisa de una ventana, cayendo sobre los transeúntes, sin producir daños, afortunadamente.